

VERSO Y PROSA

BOLETIN DE LA JOVEN LITERATURA

AÑO I

MURCIA - 1927 - ABRIL

NÚM. 4

VIÑETAS FLAMENCAS

PARA ANTONIO LUNA

ADIVINANZA DE LA GUITARRA

En la redonda
encrucijada
seis doncellas
bañan.

Tres de carne
y tres de plata.

Los sueños de ayer las buscan
pero las tiene abrazadas
un Polifemo de oro.
La guitarra.

CANDIL

¡Oh qué grave mechita
la llama del candil!

Como un faquir indio
mira su entraña de oro.
Y se eclipsa soñando
atmósferas sin viento.

Cigüeña incandescente
pica desde su nido
a la sombra maciza,

(la llama del candil)

y se asoma temblando
por los ojos redondos
del gitanyillo muerto.

MALAGUEÑA

La muerte
entra y sale
de la taberna.

Pasan caballos negros
y gente siniestra
por la métrica lluvia
de la guitarra.

Y olores de sal
y muslo rendido
en los nardos febriles
de la marina.

MEMENTO

Cuando yo me muera
enterradme con mi guitarra
bajo la arena.

Cuando yo me muera
por el naranjo loco
y la hierba buena.

Cuando yo me muera
enterradme si queréis
en una veleta.

Cuando yo me muera.

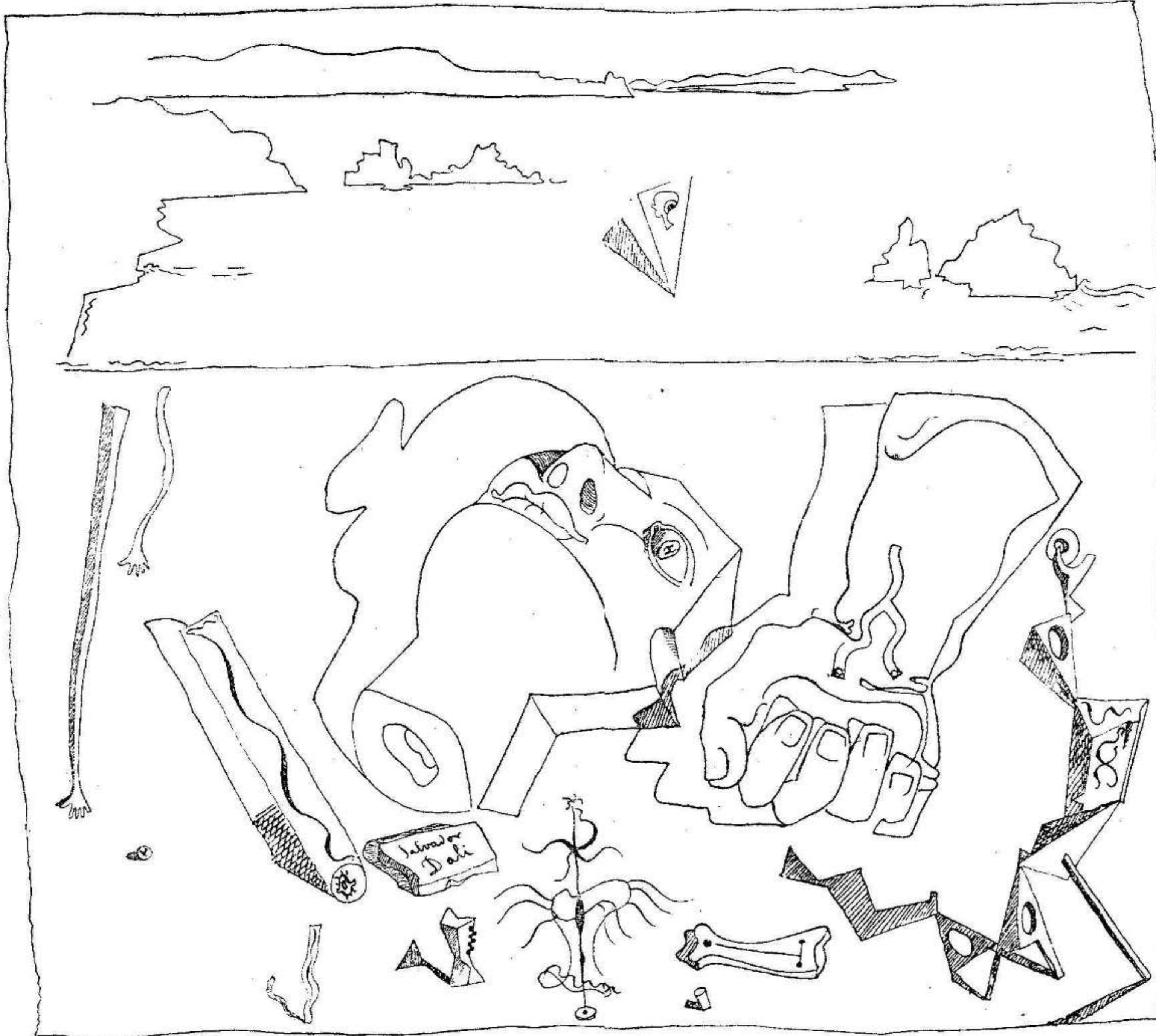
CRÓTALO

Escarabajo
sonoro.
En la araña
de la mano
rizas el aire
cálido,
y te ahogas en tu trino
de palo.

BAILE

(Grabado propiedad de José Bergamín)

La Carmen está bailando
en la calle de Sevilla,
dolor de rama dorada
en primavera fingida.



SALVADOR DALÍ: La playa

Niñas
corred las cortinas.

En su cabeza se enrosca
una serpiente amarilla.
Exceso de ayer maduro
y vieja sabiduría.

Niñas
corred las cortinas.

Las calles están desiertas.
En los fondos se adivinan
corazones andaluces
buscando viejas espinas.

Niñas
corred las cortinas.

CAZADOR

¡Alto pinar!
Cuatro palomas por el aire van.

Cuatro palomas
vuelan y tornan.
Llevan heridas
sus cuatro sombras.

¡Bajo pinar!
Cuatro palomas en la tierra están.

EL NIÑO MUDO

A ZENOBIA CAMPRUBÍ

El niño busca su voz.
(La tenía el rey de los grillos.)
En una gota de agua
buscaba su voz el niño.

No la quiero para hablar,
me haré con ella un anillo
que llevará mi silencio
en su dedo pequeñito.

En una gota de agua
buscaba su voz el niño.

(La voz cautiva, a lo lejos,
se ponía un traje de grillo.)

MURIÓ AL AMANECER

Noche de cuatro lunas
y un solo árbol,
con una sola sombra
y un solo pájaro.

Busco en mi carne las
huellas de tus labios.
El manantial besa al viento
sin tocarlo.

Llevo el No que me diste,
en la palma de la mano,
como un limón de cera
casi blanco.

Noche de cuatro lunas
y un solo árbol.
En la punta de una aguja
está mi amor girando.

CANCIÓN DE NOVIEMBRE Y ABRIL

El cielo nublado
pone mis ojos blancos.

Yo, para darles vida,
les acerco una flor
amarilla.

No consigo turbarlos.
Siguen yertos y blancos.

(Entre mis hombros vuela
mi alma dorada y plena.)

El cielo de abril
pone mis ojos de añil.

Yo, para darles alma,
les acerco una rosa blanca.

No consigo infundir
lo blanco en el añil.

(Entre mis hombros vuela
mi alma impasible y ciega.)

REMANSOS

(DIFERENCIAS)

(Margarita, ¿quién soy yo?)

Ciprés.
(agua estancada)

Chopo.
(agua cristalina)

Mimbre.
(agua profunda)

Corazón.
(Agua de pupila)

VARIACION

El remanso del aire
bajo las ramas del eco.

El remanso del agua
bajo fronda de luceros.

El remanso de tu boca
bajo espesura de besos.

SIGUE

Cada canción
es un remanso
del amor.

Cada lucero,
un remanso
del tiempo.
Un nudo
del tiempo.

Y cada suspiro,
un remanso
del grito.

REMANSILLO

Me miré en tus ojos
pensando en tu alma.

Adelfa blanca.

Me miré en tus ojos
pensando en tu boca.

Adelfa roja.

Me miré en tus ojos
pero estabas ciega.

Adelfa negra.

CANCIÓN OSCURA

Golpean rayos de luna
en la frente de tu tarde.

Un árbol viejo se abriga
con palabras de cantares.

Si tú vinieras a verme
por los senderos del aire,

me encontrarías llorando
bajo los álamos grandes.

¡Ay morena!
Bajo los álamos grandes.

MEDIA LUNA

La luna va por el agua.
¿Cómo está el cielo tranquilo?

Va regando lentamente
el temblor viejo del río
mientras que una rana joven
la toma por espejito.

(Margarita, ¿quién soy yo?)

FEDERICO GARCIA LORCA

EL AMIGO DE MIS AMIGOS

(HOMENAJE A LÉON PAUL FARGUE)

«Jadis et Naguère»

v.

Se está bien cuando se es uno; si dos, muy bien, quizá; si tres, ya depende. Crece el número, y mi desazón sube progresivamente; mas rebasando cierto límite, se recupera el sosiego; y, a medida que la gente aumenta va formando, de nuevo, y dentro de ella misma, el molde de mi soledad. Algún día ha declarado recientemente que lo que más le emociona en Jesucristo es su espantosa soledad en todo momento; seguido por las turbas o perseguido por las multitudes;—y ese «alguien» ha sido, precisamente, Charles Chaplin—el aportador de un gesto inédito para poner en evidencia su propio abandono.

Me angustia y me desazona el aislamiento desamparado del hombre metido dentro de un grupo, de una pandilla de alegres camaradas dispuestos a divertirse y «a hacer de las suyas». Pasa una pareja: en su amor todo es inquietud, tensión, riesgo, desvelo, escudriñamiento avizor. Pasa una trunca, en cambio: reina la confianza, la despreocupación, la mutua indiferencia, y, como resultado, un equilibrio remansado, y, acaso, duradero. No hay corriente; el propio estancamiento produce un remolino invariable que parece bullicioso y turbulento. Y todo consiguientemente a fuerza de unir mutuas y recíprocas inhibiciones, a fuerza de que abunde ese «algo» que falta entre un hombre y una mujer, cuando cabe entre ellos la amistad.

Amigas y amigos míos, franceses, españoles, americanos, me hablaban reiteradamente de Léon Paul Fargue, como de un amigo de todos ellos, como del camarada ideal, del compañero insustituible en toda partida animada. Muchos ni lo sospechaban poeta. Yo le sabía tan imprescindible en las antologías como en las partidas alegres. («Anímese usted, y venga con nosotros», me decían, al verme retraído. «No; si me animo es cuando no voy», pensaba responderles). El hecho es, que, pasando siempre muy cerca, no le encontré jamás. Vi una vez su retrato, entre otros varios, pero no sé si, al recordarlo, le pongo la barba del siguiente, o la sonrisa del anterior.

Mas si no nos hemos encontrado en

la vida—los dos debemos de ser desesperadamente impuntuales—en la literatura tropecé, apenas despabilado, con él. Léon Paul Fargue era el trasnochado desvelado — «cet homme que son âme empêche de dormir»—que al amanecer, en la calle, causa la admiración del madrugador colegial. Cuando yo no sabía hacer el nudo de la corbata, Fargue se la anudaba ya en torno a un alto cuello, de grandes pajarricas, como el que usaba su amigo Levet; cuando yo no fumaba todavía, Fargue fumaría ya más que un personaje de su amigo Tinan; cuando yo no era un hombre todavía, Fargue se expresaba ya con las fuertes palabras de sus amigos Philippe o Jarry; cuando yo despedía una infancia—maravillosa—para siempre, él se la abrocharía, definitivamente, como un abrigo de viaje su amigo Larbaud...

Yo me encontré con la silueta lírica de este precursor trasnochado como se encuentran, ya en pleno día, los faroles de gas que permanecen aun encendidos, y posan sobre nuestra premura su livida generosidad. Hoy oigo sus poemas de entonces, como acompañados siempre por el silbido obstinado de un farol de gas. A su luz se nutrió mi adolescencia del mejor romanticismo posible, y voló, sin quemarse, mi recién nacida volubilidad. Va, pues, mi gratitud de hoy a Léon Paul Fargue; se la debo por ese gesto eficaz con que me iluminó su poesía tibia de entonces.

Si Fargue escribe ahora conforme a nuestra sensibilidad actual, en el hogar de su poesía permanece idéntica luz encendida. «Le mot lampe est commun au poète et au lampiste», ha dicho él mismo. Por mucho que se transforme su obra, siempre se advertirá en ella el ritmo regular con que desfila—como defilan los faroles por el marco de la ventanilla—a lo largo de sus líneas perfectas, la palabra «lámpara», o alguna otra sinónima,—en espera de que algún farolero erudito de un siglo próximo se ocupe en atrapar—una a una—sus mariposas de gas—.

ANTONIO MARICHALAR

1927.

POEMA

Para los lectores de *VERSO Y PROSA* este poema «de entonces» de Léon Paul Fargue.

—Un vago olor nocturno, indefinible, entra, con una duda oscura, tierna, exquisita, por la ventana abierta del cuarto donde yo trabajo.

Mi gato atisba la negrura—derecho como un cántaro. Un tesoro de mirada sutil me vigila desde sus ojos verdes...

La lámpara emite su canto ligero, suave como el que se percibe en las caracolas. Extiende unas manos que apaciguan. Oigo las letanías, los responsos, los coros de las moscas en su aureola. Ella alumbraba a las flores en el bisel de la terraza, y las más próximas avanzan, sigilosas, para verme, como tropel de enanos que descubre a un ogro...

El pequeño violín de un mosquito se obstina. Dijérase un solista tocando en muy lejana mansión...

Los insectos se precipitan oblicuamente, y bajo la mesa tienen una vibración tenue.

Hay una mariposa rubia, como brizna de paja, que se desliza por el estrecho valle de mi libro...

Llora un reloj... y las nostalgias danzan una ronda de niños. Se tira el gato a fondo, y su morro perfila, en el aire, algún vuelo invisible... Una mosca ha posado su tijera en la luz.

Bullicios de cocina se agolpan en un patio escondido. Voces contradictorias juegan a las cuatro esquinas. Arranca un coche. Grita, próximo, tren en la estación. Se alza un laminto interminable, remoto...

Y yo pienso en alguien que amo, y que es tan pequeño de estar tan lejano—acaso más allá de los negros confines, más allá de las aguas profundas... Y su mirada me es invisible...

L. P. F. (1902).

PROSA LÍRICA

INSTITUTO

SUCESO

1

POR la ventana cerrada, veía jugar a la primavera en la calle. Era una primavera joven, de pocos días, que no quiso pasar de la puerta del Instituto. Y allí estaba encendida, bien encendida y libre bajo el sol, dándole encienda a ella que la miraba por la ventana alta de la clase.

2

Súbitamente se advirtió llamada desde lejos. Eran las grandes gafas redondas del catedrático, que, al pasear su brillo por la sala, lo habían detenido en ella unos momentos. Iban a comenzar las lecciones. Allí, sobre la tabla inclinada del pupitre, estaba el libro. Antes hubo de abrirlo con las manos trémulas, estremecidas por el miedo a la lección que no había podido aprender. Pero inmediatamente lo cerraron sus ojos, cuando se volvieron, ante aquel mandato del sentido, a mirar la calle por la ventana.

3

Eufonía... Eufonía...—Con tal palabra daba comienzo la lección del texto. Y ella la murmuraba una vez y otra quedándose detenida, a su final, como delante de un abismo.—Eufonía... ¿Quién pasaba? ¿Qué fuente misteriosa había que tender? Y, sobre todo, ¿dónde estaba la vertiente opuesta, la de la plena definición lograda, y qué había en ella para tan rudo trabajo de conquista?

4

¡Qué traviesa la luz de la mañana! Había trepado por el muro hasta el rímel de los huecos, y desde allí, con el rostro pegado a los cristales, enviaba chispitas de burla a las gafas redondas del catedrático. Ella la miraba y sentía cómo iban saltando por sus venas raudales de otra luz. Luz igualmente joven, que ahora le gritaba—presa—queriendo irse a dialogar y compartir los juegos con aquella otra—libre—de la mañana.

5

Y comenzó la clase de silencios. Silencios continuos, profundos, que resbalaban por encima de todas las cabezas, colmando poco a poco el volumen de la estancia. El catedrático desorientado, pretendía abrir compuertas de desagüe a este mar.—¿Qué me dice de la Eufonía, señor Pantoja?—Pero el nivel continuaba su ruto progresiva, rizado ya por un oleaje de inquietud.—Señorita de Briz, ¿qué me dice usted de la Eufonía?—Eufonía... Eufonía... ¿Quién pasaba? ¿Qué fuente misteriosa había que tender?... Y ella no quería que la vieran: ella quería hundirse hasta las capas más profundas, donde no llegara el reflejo obstinado de las gafas ni el eco de la voz que preguntaba definiciones imposibles.

6

¿Se iría a marchar la luz de la mañana? Ella estaba cada vez más lejos de su dulce regalo. Ella pensaba ser ya tarde para unirse de nuevo a la primavera, que se habría cansado de jugar en la calle.

7

Y aconteció de improviso el milagro. El milagro: la voz segura y rápida, puente ignorada, temor de lo oscuro. Lo que no pudo aprenderse; lo que ahora, lleno de vida, había cruzado el aire.—Usted, señor Hardil: ¿puede indicarme qué entiende por Eufonía?—El señor Hardil habíase puesto en pie sobre los ajenos fracasos. El señor Hardil—excepcional matricula—había dicho:—¡Eufonía! ¡Eufonía vale tanto como buen sonido!

8

Ella, vuelta de nuevo a la mañana, lo admiró.

1

TERMINARON ya las nubes el riego de las calles. Pone la luna en ellas pedacitos de sus esponjas blancas, para ganar algo antes de que mañana se tienda el gran secante.

De improviso, una hora que ha estado defendiendo el equilibrio allá en lo alto, junto a la cruz del campanario, se cae al fin, irremisiblemente perdida, y se ahoga en el charco más pequeño de la calle.

ALTA MAR

1

VIÓ hundirse a la ciudad abandonada. Era tan pequeña, allá lejos, que una de estas ondas azules bastó para ocultarla. Definitivamente perdida. Ahogada ya. Entonces volvió los ojos hacia el camino inédito, que quiso encontrar libre. Pero la vista se le distrajo, vencida, en inesperada carrera de obstáculos.

2

Íntimo y secreto. Así era su anhelo de cielos y de mares. Cielos y mares en soledad: secretos e íntimos igualmente.—Al pisar el barco, esta mañana, pretendió embriagarle tal deseo con un alto sabor de realidad. Quiso definirse, concretarse en absoluto placer logrado, aunque estaban allí todavía, casi al alcance mismo de la mano, los grandes edificios y los muelles.

3

(Dorada llave—única—de su vida!) Ahora, cuando ya su afán no debía ser deseo, habíase cambiado en más inquieta desazón de los sentidos. No estaba libre, íntimo y secreto el campo azul. Porque cuando la ciudad perdida apenas si vivía en el recuerdo, quedaban estas lanchas de vela, pescadoras, y la silueta de algún vapor lejano y lento. Sus miradas no podían desprenderse el lastre del buque, ni adoptar otro marco más que el de los horizontes que la proa—índice—señalaba.

4

Las barcas pescadoras...—En este campo azul cada molino dió libertad a sus velas para gozar del viento a su albedrío. Por eso aquel júbilo infantil de triángulos sueltos, blancos, luminosos.

5

Pero no le dejaba reposar la inquietud: hundido río hacia todos los ocultos resortes de la vida. El mar de sus deseos continuaba ignorado, acaso descendiendo más en cada instante, como la ciudad perdida, bajo esta superficie indiferente de las olas.

6

No eran ya sus miradas más que para el imán del horizonte. No sentía más que un ansia loca por lograr la remota fusión de los azules.—Y el mar, bajo la flecha de su vista, se cubría de serena hermosura. Claros ecos de sol resbalaban por su carne mojada, jugando a robar los otros ecos blancos de las velas.

7

...Vió amanecer al fin la gran ciudad de su destino. Y entonces advirtió súbitamente que cantaba el mar. Nuevo e inesperado río hacia lo íntimo. Sí: cantaba el mar. Cerró los ojos para sentir más cerca del espíritu la deseada voz, y en el instante preliminar—instante rudo, aleación apenas divisible de futuro y pasado—le dominó dulcísimo extravío. Aurora, pregón, grito de la absoluta realidad lograda.

8

Su alma se hizo fresca y jubilosa música del agua. El mar se la llevó para esparcirla por sus azules y anchos campos del mundo.

9

En el barco y lejos del barco. Iba, ya y para siempre, unido de alta mar.

J. RODRÍGUEZ CÁNOVAS

LES GRENADES

De PAUL VALÉRY

*Dures grenades entr'ouvertes
Cédant à l'excès de vos grains,
Je crois voir des fronts souverains
Eclatés de leurs découvertes!
Si les soleils par vous subis,
O grenades entrebâillées,
Vous ont fait d'orgueil travaillées
Craquer les cloisons de rubis,
Et que si l'or sec de l'écorce
A la demande d'une force
Crève en gemmes rouges de jus,
Cette lumineuse rupture
Fait rêver une âme que j'eus
De sa secrète architecture.*

LAS GRANADAS

I

*Duras granadas entreabiertas, que cedéis a un exceso de granos: creo ver soberanas frentes, estalladas por sus descubrimientos.
Si los soles por vosotras sufridos, oh granadas entreabiertas, trabajadas por el orgullo, han resquebrajado vuestros tabiques de rubí,
Y si el oro seco de la corteza, a petición de una fuerza, revienta en gemas rojas de jugo,
Esta ruptura luminosa hace soñar a un alma que tuve con su secreta arquitectura.*

II

*Ya cedes a tus elementos,
Oh dura granada entreabierta:
Creo ver la frente en alerta,
Estallada por sus inventos.
Si soles sufridos por ti,
Granada asomada, granada
Por el orgullo trabajada,
Hienden tabiques de rubí,
Y si el oro de la corteza,
A petición de una dureza,
Rompe en gemas rojas de zumo,
Esta luminosa ruptura
Soñar hace a un alma que exhumo
Con su secreta arquitectura.*

Traducción de JORGE GUILLÉN

Cinema para enamorados

La orla final, intencionada de candor amoroso, fué la vibración más intensa de toda la cinta, larga de peripecias angustiosas. Porque las parejas de la sala, líricas en el alero del arrullo, habían volteado su atenta vida imaginativa por la carretera tornasolada y varía de la proyección. Reposados en la casilla numérica de sus butacas, todos los espectadores—sin embargo—habían saltado hacia la pista heroica del protagonista ejemplar. La sala estaba templada y convulsa de aquella energía de acción imaginada, que la batalla había irradiado hacia el público, emparejado con nupcias de trinos.

Cansados del ejercicio hípico de vencer interposiciones. Cansados de llegar tarde—un instante nada más—a los pasos niveles. Cansados de perseguir al traidor, y defender a la protagonista, y burlar al enemigo, los espectadores estaban ya inmersos en el ahogo inefable de los ecos y de las turbulencias, prontos a desconectar su atención de la abrasadora pantalla, y despertar, frescos de aurora, sobre las macetas de las rubias cabezas femeninas.

Si la orla oportuna no hubiese llegado con felicidad de extremo, a anudar las altas tensiones creadas, el director lejano, manipulador de aquellas redondas vidas de celuloide, hubiese cometido un delito sentimental irreparable. Al revivir la luz, de nuevo, en la piscina de la sala, se hubiese visto cómo las parejas antes tan ayuntadas de júbilo, se sentían desafectas, desunidas, inconsolables, frías; pesarasas de vague-

dad; desamadas y desarraigadas; predispuestas, cuando al salir el viento las aislase, a la bifurcación y al adiós definitivo. Y toda esta pena probable e irreparable por la supresión de una orla, cuidada y centrada, a foco cercano, rápida, condensadora y terminal, que anudaba, como una glorieta, los dispersos caminos de la película, con la precisión contundente de los arrullos epilógicos.

Pero gracias a la sabia contabilidad del director que maneja con destreza las partidas sentimentales, la orla estaba allí, corazón de luz en la sombra, emocionante de actitudes, indolente y solemne, presta a cumplir su alta misión pacífica, de unidad, y de continuidad, en los telares amorosos de las parejas. Y qué acuosa ternura irradiaba, por fin, sobre todos, la orla terminal y previsible. Se percibía claramente su influencia desbordada por la sala. Las parejas se acercaron más, apretándose en calurosas emociones. Se cordializaron las manos con enlaces intensos. Las palabras despertaban tímidas horadando la cinta temblorosa de una conversación entrecortada. Había derrame de miradas en cercanía. Suspiros, tal vez. Emociones... La orla duró unos instantes.

(La orla era así: Greta y William, abrazados, se miraron, primero, sonrieron, después, y por último, el largo, el apretado beso de los augurios felices).

En este momento, la oscuridad de la sala se punzó con la resolución de un «pizzicato» estruendoso: todas las parejas, influenciadas por la película, se habían besado a un mismo tiempo.

M. ARCONADA

Novela de Pícaros

'Ah, mis palabras! Al despertar he mirado, olido, respirado y besado las palabras mías, como si recobrase un tesoro.

Ha pasado la pesadilla guñolesca. Guñol y tragedia, con reminiscencias de Italia y de España en un emplazamiento geográfico tropical. Telón de fondo americano y peles indígenas que visten a la europea, pero que enseñan por debajo del indumento occidental la pluma de guacamayo o el collar de cuentas de vidrio.

Varias veces volvió el maestro orfebre su vista a los antiguos dominios transatlánticos. Abandonaba el cincel de su neogoticismo ironizante, ponía una tregua en la labor de motivos medievales—santidad, superstición, lascivia clandestina—y modelaba una figura medio humana, medio frutal, encendida por el sol del paralelo máximo,—gata, tigre, diablo, mujerzuela de adorno—mirando a América. Hoy ha reiterado el tema indiano en su nuevo esperpento—«Tirano Banderas»—con las más apretadas torceduras de lo grotesco.

La flor de su obra, el habla. Un laborioso arrastre de voces infames, llevadas a la más preeminente categoría de la fábula. Los peles no son otra cosa sino ese verbo mestizo, representativo de una sociedad caricaturesca, donde fingen el solemne equilibrio de los movimientos anímicos humanos, varios pitecantropos ridículamente serios.

El triunfo de Valle Inclán sobre los materiales de su bastimento es decisivo. Un acuafortismo de tono recio nos doma la atención, rebelde a la hez léxica fundamental. Porque las babosidades fonéticas, los diminutivos con que se envilecen vocablos a que no cuadra esa flexión, los tropos verbales donde el concepto viene a menos, son la adecuada expresión de sus figuras inferiores, animadas por toda una gama de concupiscencias y de pintorescas ruindades. Es, una vez más, el trasunto de ambiente de la castiza novela picaresca española, arrequivada a lo criollo.

Por ese acuafortismo, destaca en el paisaje el rasguño maestro del estilista: al principio, una visión de la ciudad, desde la ventana por donde Santos Banderas asoma su consabida mueca; las apariciones abigarradas y tumultuosas de la feria...

También, a las veces, se redimen los muñecos de la cenagosa bestialidad del apetito. La niña del Ciego Velones, la que canta en el prostíbulo al són del piano que su padre tañe, le dice cuando entrambos sueltan a volar las ilusiones:—Yo, puesta a envidiar, no envidiaría riquezas.—¿Pues qué envidiarías?—¡Ser pájaro! Cantar en una rama.

Suprema aspiración pero que, formulada así, entre cuadros de gallofa y de burla, muéstrase de una idealidad cursiloncilla y pavitonta.

En otro pasaje, la mujer de Zacarías el Cruzado, es arrancada de su chozo por los gendarmes. El arropiezo queda andando a gatas por el campo, donde más tarde se lo comerán los cerdos. «La madre... volvía la cabeza con desgarradoras voces.—¡Ven! ¡No te asustes! ¡Ven! ¡Corre! Pero el niño no se movía. Detenido sobre la orilla de la acequia, sollozaba mirando crecer la distancia que le separaba de la madre...»

Luego, las siluetas de lo truculento, en que Valle Inclán no rinde el buril a nadie. Y son, la venganza de Zacarías en don Peredita: aquellas dos sombras que, cogidas de la mano, van ardiendo por la orilla del tejado y se arrojan a la calle; la muerte del tirano, precedida del sacrificio de su hija loca...

Alguna ráfaga de nobleza orea con tenuidad el ambiente, cuando Filomeno Cuevas acoge a Domiciano de la Gándara; o por tal rincón de la cárcel de Santa Mónica. Salvo estas incidentales facetas, el esperpento oprime con la densidad de atmósfera viciada que estorba la respiración en los malos sueños.

Entre líneas, sentimos estallar a veces, la equis mexicana, la que don Ramón quiere adoptar en puesto del carraspeante sustitutivo con que la envió al destierro el siglo diecinueve.

JOSÉ BALLESTER

Epistolario

De Antonio Espina:

«Trabajo mucho. Me muevo más y preparo, verás: una novela grande, un libro que va fraguándose poco a poco, de crítica de arte, y... ¡teatro! Sí. No te asustes. TEATRO. Así como suena. Y además: teatro especial, sin claudicaciones, audaz, y si es preciso cínico, y si es preciso, desvergonzado, procurando que al tiempo que yo movilice estéticas, el espectador movilice butacas. No Pirandello, no Cocteau, más bien, sin imitaciones, claro, Bernard Shaw.

Todo esto tendrá su realidad tangible en el próximo año. Porque hay que pensar con cuidado y prepararse bien.»

De José Bergamín:

«Ahora, Ruiz Castillo (editor excepcional) se atreve a editarme un libro en la «Biblioteca Nueva».—Para mí es una buena cosa, porque me quita un peso de encima; un lastre que me incomodaba ya demasiado. Formaré el libro—cuyo título ya he decidido: «Enemigo que huye»—con «Polifumo» y el «Coloquio espiritual del pelotari y sus demonios».—También he terminado mi «Don Lindo de Almería», sainete andaluz mudo, como Vd. sabe, para evitar el acento imitativo de los personajes ¡tan insufrible! y cuya acción pasa en Australia, para evitar, también, el color local. Por otra parte he dado a Esplá un proyecto de «Auto», que llamo «de la Mari Chiva» y que llevará ilustraciones líricas suyas y alguna cancioncilla de Alberti. Y en fin, voy ordenando cerca de cuatrocientos aforismos (?) para reunirlos en un librito sólo: «La cabeza a pájaros». Después de todo esto, podré dedicarme a escribir, seriamente, mi libro católico: «El alma en un hilo» (Burla y pasión del hombre invisible) y otras cosas que andan, hace tiempo, a medio hacer, y me estorban para dejar—como quisiera—definitivamente, la literatura o antiliteratura de mis intentos...»

De Matilde Pomès:

«Y ahora me cumple decirle que el día mismo en que llegaron a París los primeros ejemplares de VERSO Y PROSA, se celebró dignamente tal acontecimiento en esta casa, que espero algún día lo será suya, y el celebrante fué nada menos que Paul Valéry, el cual después de una comida en petit comité nos tuvo embebecidos toda una noche a esta su servidora y a algunos amigos, entre los que figuraban Ventura García Calderón,—que tiene su parte, como Vd. sabe, en la irradiación de las letras hispanas en París—y el nunca bien y bastante alabado Alfonso Reyes, que tiene talento, finura, donaire, gracia y don de simpatía por todo un continente (y si me apuran diré por dos y hasta por tres. Pues qué, ¿hay acaso un Reyes o siquiera un reyezuelo en Australia o en África?)

Ya ve Vd. que la literatura española, no diré ni joven ni antigua, ni clásica ni moderna, sino sencillamente inmortal, no podía tener más elocuente ni autorizado campeón, y mayormente todas las disposiciones de quienes escuchaban, incluso el Sr. Paul Hazard, que aboga por la buena latinidad en el Colegio de Francia. Y aunque él sabe de italiano algo más que de español, y conoce Italia como yo quisiera conocer España, con todo, el parangón entre jóvenes fué a inmensa ventaja de España, sobre todo después de la intervención de Valéry—el gran mediterráneo—que dijo cómo tomado el pulso poético a Italia y España, resultaba éste a muchos grados por encima de aquél «avec un bouillonnement, une ferveur qui n'existent peut-être pas ailleurs en Europe a cette heure».

Y en esto, como si hubiera habido oposición, que no la había, se desplegaron los flamantes números de VERSO Y PROSA, no en señal de batalla, sino de ralliement, como el blanco penacho de nuestro gran Rey, que lo era al mismo tiempo de Navarra, y había nacido por más señas en la linde misma de sus dos reinos.»

Nuevas Indias de gula reconquistadas

Góngora, 1927

El más guloso o goloso de nuestros poetas es —que yo sepa— el Doctor Don Hernando Domínguez Camargo, natural de Santa Fe de Bogotá del Nuevo Reino de Granada en las Indias Occidentales. El mismo nos confiesa en su poema heroico «San Ignacio de Loyola» hablando de sus poéticos banquetes que

*al paladar su copia nunca vista
nuevas Indias de gula le conquista*

Al reconquistar yo esas indianas jaujas de poesía golosa, en el nombre glorioso y actual de Don Luis de Góngora, quiero presentar aquí a los finos y exquisitos paladares, que degustan este boletín, uno solo de sus menús. En el poema de San Ignacio hay tres banquetes, que podríamos distinguir el *urbano*, el *marino* y el *rústico*. Nace el Santo y su bautizo se celebra con un pantagruélico festín—caza y pesca, salazones y conservas, entremeses y lactacinios, licores y frutas—servidos en damascados lienzos y en frágiles vajillas. Podrá gustarse ese soberbio menú en el «Homenaje a Góngora desde Lope a Rubén» que aparecerá en breve, recogido por mí.

Ya Ignacio adulto, viaja a Italia y tiene que ser albergado por un pobre pescador. El recuerdo de la «Soledad» gongorina es incuestionable y deliberado.

Los presentes que el pescador le ofrece son los que su oficio le proporciona.

*Arnés de la tortuga, una bolada
concha le expuso cuanto ya marisco,
o de las aguas fué espuma animada
o pertinaz verruga de algún risco*

O bien:

*Nudo de nácar, cuando no cerrado
botón de hueso, desató nocivo
el hostión, cuyo seno regalado
breve de Venus fué lecho lascivo.
Sinuoso capullo, el enterrado
en la que pira es muerto, y casa vivo,
caracol descogió, en cuyos internos
laberintos son hilos sus dos cuernos.*

Es después

*de la tarda tortuga el pollo nuevo
que en las de insidias y de nudos llenas
orillas se enredó, y en concha breve
tierna lisonja el apetito bebe*

Y después de otros varios mariscos y peces

*«dando en el camarón y la sardina,
lilio veloz, nadante clavellina»,*

como plato fuerte, las belicosas langostas

*Coronadas morrión, vistiendo escudos,
dorando mallas, argutando golos,
dardos vibrando duramente crudos,
esgrimiendo cuchillas en las colas,
las murallas violando de los nudos,
Belona de la espuma y de las olas,
langostas en la mesa dan marinas
al paladar suavísimas ruínas.*

Más tarde San Ignacio marcha perseguido de Salamanca a París (Libro IV, Canto III). Reproduzco íntegra la escena hasta la terminación del rústico convite.

*Era del año la estación algente
en que—travieso el pié, rígido el pelo,
adunco el cuerno, si lascivo el diente—
en la piel del Zodíaco, que el cielo
en mucho ciñe pámpano luciente,
astros el Capro pace, cuando el hielo
que el pié le muerde a Ignacio peregrino,
el carácter le niega del camino.*

*Cuando en potro del ábrego torcía,
verdugo inexorable, el duro invierno
las cuerdas que comprime el corto día*

*que gime amargo, que se queja tierno,
cuando del austro desatado fía
en las preñadas nubes el gobierno
de imperios de procelas conjurados
y de pueblos de rayos rebelados.*

*Hollaba Ignacio acicalada nieve,
que su planta hería, cuando el cielo
lo que de día en su cabeza llueve,
de noche escarcha de obstinado hielo.
Tardo en tullidos ríos el pié mueve;
montes de nieve escala, a quien el vuelo
(si coronar quisiere su alia cumbre)
con prolija venciera pesadumbre.*

*Del tormentoso ábrego sañudo
que dentado de hielo lo mordía
huyendo Ignacio, se conauce al rudo
albergue que en su valle se escondía,
cuyo humo, espaciosamente mudo,
desatado en el turbio helado día,
del peregrino fué conductor faro,
aun a pesar de sus tinieblas claro.*

*No tan airoso nace, tan ameno
el voluble juguete de la pluma
(a quien este mi patrio Magdaleno
oro a la cuna, al nido le da espuma)
del de la parda garza blando seno
en una y otra inquieta negra suma,
cuando o lo juega el blando movimiento,
o lo retoza el lisonjero viento.*

*Fatigado llegó, y el vigilante
can copioso de lanas, dulcemente
rémora al peregrino fué latrante,
audaz la voz, si recatado el diente.
Anciano labrador al caminante
que su albergue perdone no consiente,
sin que su mesa y el hogar templado
a París le remitan obligado.*

*Coronan el hogar que lisonjero
cadahalso es de fuego, en quien la llama
si acicalado no, cuchillo es fiero,
de la de olivo hidalga y gruesa rama;
cuyo filo ya blando, ya severo,
tanta caliente sangre les derrama
cuantos desata en ascuas encendidas
livores rojos y purpúreas vidas.*

*Con sordas dilaciones lo divierte
mientras su hija, parca ya secreta,
(si tan bello disfraz vistió la muerte)
en su cuchillo vibra una saeta
a un cabritillo, que en sus manos vierte
de espumoso rubí mucho cometa
en poca sangre, que perció con ella
en labio y labio de su boca bella.*

*Lúbrico menos se coló el serpiente
del ruiseñor en el secreto nido
y implumes prendas degolló inclemente,
que ella a las prendas que abrigó Cupido
de columbinos pollos, en la frente
del olmo entre las hojas escondido,
que desta Venus en felices días
vincularse querían raudes pías.*

*De el jabalí, que en el vecino cerro
de su venablo trágica ruina,
y peste fué fatal del suelto perro,
en purpurados hilos la cecina
al fuego gira sobre agudo hierro,
al pichón y al cabrito convecina,
que lamidos del fuego, ya dorados
embarazan los fresnos mal cavados.*

*El can mordaz de huerto floreciente,
el ajo que la carne mordió activo,
el uno quebró en ella y otro diente,
rabioso al paladar, mas no nocivo.
La leche que su mano transparente,
dulcemente alabastro fugitivo,
por imitarla suavemente dura,
fluida denso al fuego su blancura,*

*Cándido lino y por su mano bella
ya oprimido en la tela, ya lavado,
agrestes pinos en la mesa sella,
donde el virgineo descogió cuidado,
si de cardada nieve no una pella,
crespo volumen sí de hielo hilado;
tendiólo y menos cándida en la espuma
el blanco cisne desplegó su cuna.*

*Sirvió modesta rústica comida
en la que ya tejió prolija tela
con pudor más purpúreo, que escondida
la virgen rosa del carmín que ceta
la pompa de sus hojas encogida;
al botón las pestañas le cairela
antes que el alba el párpado descoja
y una pupila y otra le abra roja.*

*De cisnes de cristal ceñido el pecho
y su pelo en aljófara anegado,
no lejos mucho del pajizo techo,
potro de vidrio, corre desatado
un arroyuelo que en fragoso trecho
espumas labra en cuantas le han atado
guijas la boca, y cuanta gota suda
a la mesa propina en copa ruda.*

*En su cárcel cerrada el avellana,
sordo ya cascabel rodó en la mesa.
Arrugada la nuez antes que cana,
en laberintos dió su carne presa.
El atezado higo a quien lozana
su Etiopía ya fué la higuera gruesa
corrugado el mantel tiznaba bello,
formando de las pasas su cabello.*

*El pesado melón a quien enjuga
sangre de néctar, ya paja dorada.
La pasa complicada en mucha ruga,
cadáver de la uva preservada.
Y abierta la real dulce pechuga,
pelicano de frutas la granada,
que de mudas abejas carmesíes
colmena fué suave de rubíes.*

*Estas, y muchas más (cuyo suave
yugo el bálsamo ha sido, que incorruta
efímera la carne eximir sabe
a un siglo y otro de la dulce fruta)
la bucólica mesa oprimen grave,
con lo mucho que en ella se tributa
al peregrino que agradece humilde
de su cariño aun la pequeña tilde.*

Nota bio-bibliográfica: El libro está editado por el maestro don Antonio Navarro Navarrete —Dominguez Camargo había muerto en 1656 sin salir nunca de sus Indias— en 1666, e impreso en Madrid. He aquí el juicio de Menéndez y Pelayo (*Historia de la poesía Hispano-Americana*, capítulo de Colombia). «Su Poema heroico de San Ignacio de Loyola es, sin duda, uno de los más tenebrosos abortos del gongorismo, sin ningún rasgo de ingenio que haga tolerables sus aberraciones.» En vista de eso, gritemos otra vez: ¡Viva la decadencia! ¡Vivan Góngora y sus Indias!

GERARDO DIEGO

VERSO Y PROSA

BOLETÍN DE LA JOVEN LITERATURA

(PUBLICACIÓN MENSUAL)

MURCIA

PRECIO DE SUSCRICIÓN: 6 PESETAS AL AÑO

EN MADRID:

León Sánchez Cuesta, Mayor, 4

EN MURCIA:

Juan Guerrero Ruiz, Merced, 22